

LA POESÍA DE JAIME JARAMILLO PANESSO

ARMANDO ESTRADA VILLA¹

¹ Profesor de la UNAULA, estudioso de la literatura, autor de textos de crítica política y narrativa. Exministro de Estado.

Con la edición de este compendio de la obra poética de Jaime Jaramillo Panesso, el Fondo Editorial de UNAULA quiere contribuir a la promoción y divulgación de la poesía escrita por uno de sus fundadores y egresados más destacados. La poesía, cuentos, crónicas, ensayos, columnas de prensa, cátedra universitaria, conferencias y comentarios de radio y televisión que produce Jaime, constituyen el testimonio de una vida consagrada por entero al ejercicio intelectual y revela las experiencias del escritor frente al mundo que lo circunda y lacera. Sin la ambición comprensiva de una antología y su oculto propósito de establecer un orden y un es-

calafón, esta muestra entrega al lector las ambiciones de una poética llena de intensidad y de fuerza con el sabor del lenguaje típico y la elegancia sencilla. Mediante la exposición de nuevos temas y nuevas formas de comunicación, Jaime Jaramillo se libera de las maneras tradicionales de escribir versos y no reconoce límites al proceso creativo en el contenido ni en la forma.

Jaime Jaramillo, experto en tango, bohemio en otros tiempos, conversador y polemista brillante, nació en Medellín en 1937; es abogado polifacético que en su actividad académica ha sido profesor e investigador; en la política fue concejal de Medellín y de Santafé de Antioquia, y representante a la Cámara; en el servicio público empleado en las contralorías departamental de Antioquia y municipal de Medellín, asesor de Paz y Cultura de Antioquia, coordinador de la Comisión de Paz de Antioquia y miembro de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación Ley de Justicia y Paz; en el servicio privado empleado de la Caja de Compensación de Antioquia COMFAMA, y en el periodismo columnista de los periódicos *El Colombiano* y *El Mundo*, y colaborador de programas de opinión radiales, televisivos y digitales.

Los autores que influyeron en su obra literaria son de diferentes tipos: amigos cercanos como Darío Ruiz, Manuel Mejía Vallejo y Óscar Collazos; escritores nadaístas como Jaime Espinel, Jaime Jaramillo Escobar y Eduardo Escobar; voces de poetas y literatos populares y bohemios como el Caratejo Vélez, Tartarín Moreira y León Zafir; literatos nacionales como García Márquez, Manuel Zapata Olivella, Nicolás Gómez Dávila, Eduardo Caballero Calderón, Porfirio Barba Jacob, José Asunción Silva, Meira del Mar y Carlos Castro Saavedra, y creadores de reconocimiento universal como William Faulkner, John Dos Pasos, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Juan Rulfo, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, Pablo Neruda, César Vallejo y Jorge Luis Borges. A todo lo anterior, se agrega la revista *Mito*, dirigida por Jorge

Gaitán Durán, que fue venero importante de cambio en la intelectualidad colombiana.

Con influencias tan dispares en la poética, distantes en lo filosófico y variadas en su concepción del mundo, Jaime Jaramillo construye una poesía con estilo propio, rítmica, con toques profundamente humanos, procedimientos artísticos distantes de la ortodoxia tradicional, sensibilidad libre de ornamentos y afectaciones, y lenguaje y motivaciones próximas a los habitantes de Medellín. Muestra gusto por lo corriente, lo habitual, lo rutinario, incluso lo trivial. Huye de lo maravilloso, lo aristocrático, lo selecto, lo exclusivo y resalta lo popular, lo arrabalero, lo plebeyo.

Los años finales del siglo xx constituyen una época en la que el éxito de los novelistas del boom latinoamericano y su compromiso con la realidad social y política casi anula por completo la poesía. Ante ello, los críticos literarios y los simples lectores más que leer poemas, eran atraídos por la lectura de novelas y cuentos. No obstante, debe destacarse que Jaime Jaramillo siguió escribiendo versos y sus composiciones poéticas, que llevan en los poemas las preocupaciones sociales de su tiempo, aportan al goce de la lectura y suministran una valiosa información, que se convierte en fuente de conocimiento para saber que pasó en la ciudad a la que con libertad, dureza y sinceridad le canta.

Hay dos acontecimientos históricos que conmocionaron la conciencia de Jaime: la rápida urbanización de Medellín y la violencia llegada a la ciudad de manos del narcotráfico, sucesos de los que es testigo y que se reflejan cabalmente en su obra. A lo anterior se unen los fenómenos relevantes en el mundo y en Colombia: auge de la criminalidad global, guerrillas en ascenso, nueva Constitución, caída del socialismo real, exaltación del fundamentalismo religioso, vigencia del neoliberalismo y globalización económica y de las comunicaciones, en un ambiente cargado de tensiones políticas, sociales y religiosas.

Con estas influencias vitales, Jaime es protagonista de un periodo artístico de franco pesimismo, de apertura cultural al mundo y de crecientes preocupaciones sociales y humanas, y a la vez intérprete de su cultura, de su época y de propio sitio en el mundo. Testigo asombrado en su ciudad del declive de valores como la vida y el trabajo, caracteriza seres que se mueven en el torbellino humano y social de una ciudad violenta.

Esta selección incluye sesenta y siete poemas, donde el más corto es “Pared”, con tan solo siete versos y el más largo “Mafiosito salsa” con sesenta y cinco versos; del gran total, treinta y siete se refieren a temas, lugares, oficios y materiales urbanos, y entre ellos, veinte se ocupan de elementos, personas y asuntos relativos a la violencia que vivió y padeció Medellín. Vale destacar que los temas y objetos referidos en los tres últimos capítulos, “La casa en quince poemas”, “Versos bruscos” y “Elementos de cabecera” contienen una poesía más tranquila, más sosegada, ajena por completo a la violencia, dedicada a divulgar la existencia de un mundo exterior más amable y menos conflictivo.

Esta muestra presenta distintas etapas de la creación poética de Jaramillo Panesso: la consagrada a la ciudad, sus barrios, sus oficios, sus problemas, su violencia y muerte; otra a la casa y los artículos que la adornan y prestan utilidad como el bastón, la biblioteca, el cuarto útil; otra a la simplicidad de lo cotidiano como los árboles, los caminos, la pólvora, el aire, el agua, el fuego, el tiempo, y otra a la penetración de su intimidad como lo logra en los poemas “Pinta de barrio”, “La abuela” y “El padre”. Esta obra ofrece su itinerario poético y nos hace conocer sus miradas del Medellín real, el mapa irónico de las escenas violentas de mafiosos y policías, el talante de los camajanes, la música popular que se escucha, los barrios que se habitan, sus confesiones cariñosas a familiares cercanos, el encanto de las cosas elementales y la cotidianidad atormentada de quienes no tienen o han perdido la esperanza.

Jaime hace poesía con lo trascendental como la vida y la muerte y lo insignificante, como las baratijas que se venden en el bazar de cualquier parque; con lo eterno como el ser humano, la naturaleza y el tiempo, y lo fugaz como la riqueza, la memoria, el empleo, el frío y el calor; con lo importante como la familia y la patria, y lo trivial como los apodos, el daguerrotipo, el bareto. Más que a su propio mundo interior, Jaime Jaramillo canta al mundo exterior que lo avasalla; más que a sus sentimientos íntimos, produce poesía, buena poesía, sobre lo que percibe fuera de sí: la ciudad, la violencia, los barrios, los árboles, el fuego, el agua, el aire, el ruido. Así, sus versos reproducen la presencia de lo cercano, lo vivido y sentido por nosotros, pues son elementos y vivencias cotidianas.

La poesía de Jaime se destaca por la liberación de la forma. Ritmo, rima, métrica, palabra e imagen, elementos centrales de la poesía, no se reúnen todos en sus poemas, pues la métrica y la rima se diluyen y pierden importancia en sus composiciones. Se trata de poemas que rompen con la estructura, la medida, la rima y las estrofas para producir una forma flexible con versos y estrofas de variada extensión y una rima irregular. Se encuentran versos con métrica irregular en un mismo poema de dos o tres sílabas hasta de quince en muchos casos y estrofas de tres y cuatro versos, hasta poemas largos que tienen una sola estrofa compuesta de cincuenta y cinco versos en “Pinta de barrio” y sesenta y cinco versos en “Mafiosito salsa”. Asimismo, escribe sonetos con catorce versos reunidos en dos cuarteros y dos tercetos en los poemas “Novia”, “Creyente”, “Trancero” y “VÍdeo” en el capítulo titulado “Siete sonetos bacajanes”.

Lo esencial en sus textos poéticos es el ritmo, que logra con la repetición de términos, recursos retóricos, construcciones verbales y elementos físicos a intervalos regulares. Musicalidad que no depende de la rima, de la métrica, ni de la estrofa, sino del empleo de procedimientos como la anáfora, los paralelismos, las metáforas, la aliteración, los polisíndeton y el contraste, principalmente. La cadencia rítmica, la

profundidad de la mirada y la musicalidad del tono hacen que la poesía de Jaime Jaramillo tenga dimensión lírica y calidad expresiva. Produce versos llenos de sonoridad y calor que retratan a una Medellín violenta que llega a impresionar y unos elementos físicos de los que muestra sus características y utilidad.

A manera de ilustración, presento a continuación unos ejemplos del uso que Jaime realiza de algunas construcciones y recursos retóricos que le imprimen musicalidad y ritmo a sus poemas. La anáfora, es decir, la repetición de palabras al comienzo de varios versos, está presente en poemas como “El agua”, donde la palabra agua encabeza doce versos; “El frío”, donde el vocablo frío empieza ocho versos; “Memorando”, donde la conjunción “y” empieza ocho versos y en algunos casos constituye polisíndeton. En el poema “Poder”, uno de los mejores de la muestra, se presenta anáfora con base en “una” y “uno”, y “protege” que encabeza el primer y segundo versos de las cuatro estrofas, y contraste cuando la última estrofa dice: “Pero a vos flaca y a mí / ¿quién nos va a proteger?”

El paralelismo, que implica la repetición de estructuras sintácticas y semánticas, también está presente en las composiciones de Jaime. En “Abuela, hoy te recuerdo abuela” aparece en cuatro ocasiones y en tres encabeza estrofas. En “Culebrero”, “culebra de labio leporino” aparece en tres versos y “Vale, señores” aparece en tres. En “Novia”, “la novia del malevo” aparece en tres versos, “en” forma anáfora cuando dice: “En la orilla de la falda / En la suela del zapato plataforma, / En el borde del corpiño / En el filo del pintalabios” y forma contraste en los siguientes versos: “La novia del malevo / también es maldadosa. / Y si muere por bacana, / no es por ser mujer, / sino por cambiar de cama. / Y de canana”.

Nótese la musicalidad en el poema “Barrio Antioquia” con base en la proposición “de”: “de hombres y mujeres arrumados / contra paredes estrechas / y cafés cubiertos con baldosas lisas / de tanta guaracha / de tanto mambo aplazado / de tanto porro y tanta salsa / después vino el filo

/ de la cuchilla mecánica”. Asimismo, se construye una sonoridad llamativa con el enlace “que” en el poema “Yerbas” cuando expresa: “permitan que la lotería caiga viernes / que el hombre que amas desayune / que regrese el amante en tren de siete / que el cáncer no se note por encima / que la cosecha de café produzca tinto / y que tu trabajo dé el salario / necesario para pagar el tratamiento”.

En los primeros capítulos, “Pinta de barrio y otras torturas”, “Ojeiras de zaguán”, “Siete sonetos bacajanes” y “Antipoemas del malevo”, la poesía de Jaime Jaramillo, con la ciudad y sus problemas como tema central, recrea situaciones y experiencias eufóricas y dramáticas, violentas y pacíficas, optimistas y frustrantes, pero siempre apasionadas y sinceras. Genera una poesía urbana de intención social que implica la expresión brutal de una “ciudad sangrante” y con franqueza descarnada produce versos que golpean el corazón y el alma de nuestra sociedad. En los últimos capítulos, su poesía más calmada, sentimental y sencilla encuentra motivos para escribir y reflexionar sobre los elementos más simples y permanentes como el agua, el aire y los objetos de la casa, por lo que se convierte en portavoz de cosas simples y cotidianas.

A Jaime Jaramillo lo inspira la ciudad de Medellín con sus personajes ilegales, sus barrios, su música y sus oficios, pero igualmente los elementos de la casa y de la naturaleza. El traqueto y el mafioso, que retratan en sus poemas la exaltación de lo urbano, son actores típicos que personifican la ambición y la tragedia, pues escalan rápido y mueren pronto después de realzar con su accionar la codicia, la traición y la violencia. Para ellos, el ascenso económico rápido significa la aceleración de la muerte, en una filosofía de la existencia en la que la muerte, el dolor y el fracaso se conectan con la vida. También la casa como espacio, refugio y receptáculo de cosas necesarias o superfluas merece emocionados poemas, al igual que la naturaleza con algunos de sus componentes esenciales y baladíes.

Explorador del laberinto urbano, Jaime Jaramillo se convierte en cronista de ciudad que retrata el Medellín de fines del siglo pasado con su violencia superlativa y sus graves problemas sociales. No hay en su obra alabanzas a la ciudad, ni muestras de nostalgia por la grandeza de un pasado ya perdido e irrecuperable. La otrora “tacita de plata” no cabe en su repertorio, pues su interés y preocupación se centran en la urbe del presente. Vive la ciudad, la sufre, la disfruta, la ama y ofrece de ella una visión personal desolada, contradictoria y decepcionante. La ciudad es un hecho social que puede ser visto de distintas maneras. De él pueden ofrecer enfoque el sociólogo, el urbanista, el político, el poeta, el novelista, el educador. Ahora bien, en sus composiciones, Jaime Jaramillo nos entrega su cruda visión de Medellín con la penetrante mirada del poeta, tal como se demuestra en muchos de los versos que trae esta publicación.

Jaime nos invita a realizar un recorrido profundo por Medellín. No busca mostrar lo que exhiben los paseos turísticos y, al contrario, penetra al fondo de lo que es “la ciudad de las flores” o de “la eterna primavera”. Pareciera orientado por Albert Camus cuando dice en su novela *La peste* que “el modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere”.

Nos muestra Jaime algunos barrios populares, el lenguaje de sus pobladores, los oficios que desempeñan, la música que escuchan y sus intérpretes. Todo es alegre y parece inofensivo. Hay barrios que tienen poema propio: Sucre, Barrio Antioquia, Manrique, Guayaquil; y otros solo se mencionan: San Antonio, Castilla, Pedregal, La Cima, Carpinelo, Sinaí, La Sierra, Guadalupe. La Comuna Oriental, que contiene varios de los barrios mencionados, tiene especial significación. En tanto que en la composición “Pinta de barrio”, monólogo de un yo que se desdobra en nosotros, el poeta habla de sí mismo y con el barrio donde creció.

Con un lenguaje poco artificioso, natural, directo, coloquial, crudo, que Jaime recoge en sus versos, hablan los muchachos y los camajanes

de Medellín. Su lengua integra formas populares del habla con parlache y lunfardo incluido, que se distingue por su rudeza. Es un tipo de comunicación libre de frondosidad verbal que logra gran expresividad con palabras inventadas y otras con significación propia distinta de la normal. Algunos términos utilizados en sus poemas son, entre otros, los siguientes: ponerse mosca, cana, abrir las antenas, pinta, bacán, laburo, man, amores conejeros, gallada, caletto, broder, plante, plomonía, bezaca, misaca, parce, bareto, malevo, corona, parolín, tiras, lleca, cucho, ñero.

Pero hay muchos más vocablos distintivos de este lenguaje: jíbaro, tombo, mandril, roca veloz, combo, carátula, sardino, chapa, vento, fierros, guachimán, malevo, fecha, picó arrastre, chupaban mirdo, changón, guandoca, duro, burundanga, bandola, maldadosa, coscorria, chopo, líchigo, raqueteada, caleta, embalar, guaro, camaján, feca, parche, metra, visaje, caletto, lance, pinta, patota, bacana, caspete, bongo, gonorrrea, tombo, verdes, jaladores, caleta, enchuspado, marranera, cambuche, merca.

De la música, Jaime nos comunica que en Medellín gusta la popular y que en bares y cantinas se escucha tango, bolero, guaracha, mambo, porro, salsa y ranchera, y que los intérpretes de estos ritmos son Carlos Gardel, Daniel Santos, Toña La Negra, Roberto Carlos, Guillermo Buitrago, Trío San Juan, Trío los Panchos, Pepe Aguirre, Agustín Irusta, Olimpo Cárdenas, Lucho Bermúdez, Edmundo Arias, Juan D'Arienzo, Julio Sosa, el bigote que canta (Bienvenido Granda) y el negrito del battey (Alberto Beltrán) y Matilde Díaz

Nos hace conocer los oficios que desempeñan sus habitantes: vendedor de diarios, copera, culebrero, lotero, frutero, vendedor de mazamorra, zorrero, zapatero remendón, chofer de taxi, cura, juez, fiscal, directores de escuela y rectores. Pero la alegría se acaba y empieza la tragedia cuando aparecen nuevos oficios: el traqueto, el mafioso y el matón. Acompañados de armas: metra, 38 largo, puñalita, ametralladora, fierro, manca, mágnun, trabuco, changón, municiones, calibra 9

milímetros, canana, proveedores, chopo, pistola, bala, fusiles, granada, machete, cuchillo, AK 47. Consumidores de drogas: marihuana, bazuco, perico, burundanga, bareto, aguardiente, yerba bendita, guaro. Con distintos tipos de motocicleta como medio de locomoción: moto, moto voladora, moto coscorria, voto encilindrada.

De esta manera, la “ciudad de edificios inteligentes y de alcaldes inflados” se convierte en “ciudad sangrante”, escenario de luchas violentas, de enfrentamientos a muerte entre malevos y policías, esto es, de los traquetos y mafiosos con tombos, verdes o tiras. Y también guerra a muerte por ajuste de cuentas entre los mismos malevos, mafiosos o traquetos. En “Mafiosito salsa” el poeta dice: “Hoy se murió de plomonía / a pesar de la gargantilla de oro / y de la mágnun que guardaba en la guantertera”. (Nótese la aliteración). En “Camposanto” el poeta manifiesta: “En cada lápida hay una fecha / de juventud apagada temprano. / Asida al nombre una carta de novia preñada / que queda sin dueño en la comuna”.

Mas se presentan otras escenas violentas. En “Canción”, el poeta se expresa así: “Allá en la taberna furiosa / de una ladera sin esquina nomenciada, / disparan las ametralladoras [...] Una cierta certeza nos / que han ido a acostarse / los dueños de la muerte. Sobrevivientes en esta ciudad sangrante”. Este poema contiene un cálido homenaje a Darío Ruiz y Manuel Mejía, amigos personales de Jaime. En “Traqueto”, el poeta expresa: “Quédate quieto / o andate pronto, / Antes que te agarren de parche. / Y te rematen sin testigos maten”. En “Video”, Jaime manifiesta: “al jíbaro torcido que un trabuco / lo puso a resoplar en la quebrada / mientras un tombo le apañó el bazuco”.

Con poemas descriptivos, argumentativos y monólogos que mantienen la musicalidad; estilo depurado, reflexivo y nada sensual, y la palabra de materia prima esencial de su poesía, Jaime le da sentido a lo escrito. Con profunda mirada sobre todo lo que ve, no se encasilla en el preciosismo de la palabra, sino que la utiliza para expresar los problemas

urbanos y los objetos más cotidianos y triviales que encuentra a su paso. Con una semántica atada a la musicalidad y títulos de poemas que hacen referencia al contenido, compone poemas en los que priman la sonoridad y el ritmo y el significado se subyuga a la musicalidad y a la cadencia. Con dispositivos expresivos y sustantivos a partir de los cuales el parlache, el lunfardo y la lengua ordinaria son sometidas a un proceso de representación que desemboca en conmovedores e impactantes versos, Jaime produce enjundiosos poemas que invitan a su lectura.



Memo Ángel. Coquetería, 2021

Acuarela sobre papel
Tamaño: 25 cm x 35 cm